

# “ESCUELA DE MANDARINES”

**L**A obra que satiriza una sociedad, en el período histórico que le corresponde, es siempre una obra culta. La sátira exige conocer bien lo que se satiriza, y conocer bien una época y su contenido social precisa de sensibilidad y de penetración. Me parece que, en cuanto a penetración, estamos todos, poco más o menos, de acuerdo sobre lo que quiero significar: sensibilidad, por el contrario, resulta palabra imprecisa, que alude más a la intención que al raciocinio; sin embargo, no hay sátira sin sensibilidad. Hablo, naturalmente, de la sátira de lo colectivo, no de lo personal. Sería interesante aclarar si existe realmente sátira que, de un modo u otro, no llegue a ser colectiva; pero se trata de cuestión accesoria al tema que nos ocupa.

Decía que la sátira social requiere sensibilidad; con este vocablo me refiero a la capacidad de conocer por identificación con las formas de lo conocido. Quien está especialmente dotado para identificarse con las formas posee la primera condición del buen satírico; si, además, resulta capaz de analizar con penetración inteligente, tiene la segunda. Pero todavía falta el elemento esencial de la sátira: que la identificación valga para distanciarse intelectualmente y criticar el objeto de la sensibilidad identificadora. Así se puede definir, en principio, la sátira, e incluso el odio, como una identificación negativa. El cuarto elemento aparece claro, y sirve precisamente para diferenciar sátira y odio: es el humor. Hablar de una identificación negativa, expresada con humor, pudiera ser un buen punto de partida para entender la sátira.

Quiere manifestar lo expuesto que, para satirizar, es menester vivir lo satirizado. La sátira a distancia resulta menor y demasiado artificiosa; la sátira verdadera está próxima a la realidad censurada, o dentro de la misma, y fustiga cosas concretas e inteligibles para el lector. Hay más sátira en Juvenal que en Swift o en Montesquieu; más en Larra que en Valera. La proximidad hace más duro el castigo, quinto elemento que no debemos descuidar, pues la sátira, además, es castigo. Se trate, por lo común, de un castigo didáctico, que tiende a enseñar lo que no se debe hacer. A veces, como ocurre con frecuencia en Voltaire, el castigo nace solamente del disgusto personal; en tal caso, no pasa de simple burla; entre sátira y burla existen matices difíciles de explicar, pero claros de discernir.

Viene a propósito todo lo anterior en relación con el libro de Miguel Espinosa, *Escuela de Mandarines* (1), que es una gran sátira, con todas las notas características del género, incluso la de aproximarse a la utopía, como suele suceder en las grandes sátiras sociales, que pincelan el todo tanto como las partes. Insistiendo en este tema, cabe manifestar que parece difícil diferenciar una utopía de una sátira social. Las grandes utopías, desde Tomás Moro a Huxley, son satíricas; el pensamiento reformista, didáctico y ejem-

plarizante de la utopía se confunde con el castigo, lleno de humor y conocimiento, que supone toda sátira; el mejor modo de subrayar lo contrario de algo consiste en someter su figura al golpe de la sátira, creando así, como a cincel, su contraimagen.

El libro de Espinosa es una gran sátira y una gran utopía, como exige lo mejor del género, enriquecidas con caracteres especiales, que resultan insólitos, aunque se encuentren dentro de las condiciones que sus predecesores inventaron, lo que acabo de afirmar parece mucho, porque lo valioso y extraordinario es lo insólito que procede de lo común. Pero no me arrepiento de tal afirmación: la utopía satírica de Espinosa es insólita hasta alcanzar lo excepcional.

En *Escuela de Mandarines*, el tiempo real —pues el lector descubre en seguida que subyace un tiempo real y contemporáneo en la obra— se estira caprichosamente, hasta incluir historias que incluyen milenios. Esta argucia no

## Enrique Tierno Galván

destruye, en absoluto, la coherencia de los hechos; antes bien, es un recurso estético para expresar el inmovilismo de la comunidad censurada. En el Imperio descrito por Espinosa reina el inmovilismo total; las cosas se repiten de uno u otro modo; los mandarines, o aprendices de mandarines, hibernan en la repetición y el saber dicho y perpetuamente quieto. En el mundo inmortal para siempre, al menos eso creen los mandarines, el tiempo histórico carece de valor, y las cifras enormes de años, que Espinosa pone en los relatos y acontecimientos, son un medio satírico de acusar al mundo mandarinesco, persistentemente inmóvil en la repetición.

Números dilatadísimos dan también cuenta de la edad humana. Mandarin hay que cumplió miles y miles de años: debe ocurrir así, porque el tiempo vital del mandarín es reincidencia; en los círculos de Poder, donde nacen las decisiones, se espera siempre que el mandarín adule e intente mejorar de estipendio, minuta y cargo; y la adulación y el miedo, extendiéndose en los milenios, adquieren una forma cómica, que la obra traduce en sátira. El mandarín encorva infinitas veces la espalda, y el lector supone un mandarín, o aprendiz de mandarín, a quien tal vez conoce y saluda, encorvándose una y otra vez, hasta representar la sumisión al Poder inmóvil por la arquitectura de un arco de huesos que sube y baja sin cesar. En *Escuela de Mandarines*, Miguel Espinosa ha construido una ingente montaña de encorvados, donde la finitud se hace presente como desdicha política, o sea, como desdicha de la convivencia global.

También la comparecencia de un tiempo sin fin resulta esencial en la obra de Espinosa para descubrir la corrupción. Imaginemos la corrupción en el mundo mandarinesco, durante milenios e impregnando la existencia huma-

na. Tiempo histórico, tiempo vital, sumisión abyecta, con conciencia de la abyección, y corrupción sin límites se identifican. Ser corrompido —no estar, sino ser— resulta condición de los mandarines y de los aprendices de mandarines; de algunas páginas del libro se desprende un singular olorillo a materia moral putrefacta, que despliega en el lector una percepción análoga, presente e inmediata.

Pertenece igualmente a lo insólito, con valor extraordinario, la propia estructura del libro y su peculiar estilo. Como en las utopías clásicas, *Escuela de Mandarines* estampa sus temas sobre un ambiente no común e inasequible. Pero la creación de ese ambiente no se consigue, aquí, por el procedimiento tradicional y «directo» de suponer una isla, al margen de las rutas conocidas, que conserva una civilización antiquísima, contraimagen de cuanto se satiriza. De modo semejante a ciertos relatos de Borges, Espinosa construye lo exótico por sugerencia, no por descripción de algo que se conjetura real; en la configuración de esa sugerencia, que llega a transformarse en sugerencia, que sugiere, en el transcurso de la lectura del libro, tiene el lenguaje un papel importante.

Se trata de un lenguaje que recuerda los falsos lugares comunes acerca del modo de decir oriental, según el tópico que interpreta lo oriental como un estilo que remite vagamente a una realidad poco concreta. De esta manera, *Escuela de Mandarines* no imita ni se refiere a ningún modelo lingüístico extraño o arcaico; por el contrario, a fuer de redundar en la falsedad «oriental», subraya la independencia del propio lenguaje y su originalidad. Lo exótico está, pues, sugerido, y es un convencionalismo más, del cual posee el lector plena conciencia. Si a esto se añade que apenas hay paisaje en la obra, comprenderemos la fuerza de este lenguaje, que parodia una parodia inventada y que resulta paisaje de sí mismo.

A través de este estilo, tan flexible y adaptable como todo lo que representamos por un modelo a cada instante inventado, Espinosa puede llevar la sátira a lo punzante extremado, a la ironía profunda o al humor. Los nombres, por ejemplo, son una fuente continua de delicia y asombro. Espinosa inventa nombres sorprendentes, donde lo poético, sometido a la falsa parodia, se transmuta en sátira e ironía. Por otra parte, el autor recurre a un expediente notable, que entra de lleno en la sugerencia del exotismo: pone notas al texto y les da el valor de explicaciones eruditas, que aclaran e ilustran aquél. De esta forma aporta una falsa verosimilitud al relato y aprovecha las notas para distanciarse, en un tiempo imaginario, y subrayar arqueológicamente los elementos satíricos.

La utopía satírica de Miguel Espinosa *Escuela de Mandarines* es uno de los libros de más alcance estético, agudeza de ideas y valor universal que se han publicado en España desde hace muchos años, y bien podrá valer como retrato de la sociedad de un largo período de nuestra historia, aunque en clave universal, utópica y satírica. ■

# Alianza Universidad

## Novedades

98

G. Baddeley, G. G. Schlessinger,  
A. G. Sharpe y otros

**Química moderna**

Selección de J. G. Stark

336 págs., 260 ptas.

103

William P. Alston

**Filosofía del lenguaje**

168 págs., 140 ptas.

105

Niko Tinbergen

**Estudios de etología, 1**

376 págs., 290 ptas.

109

W. D. Hudson

**La filosofía moral**

**contemporánea**

344 págs., 270 ptas.

110

Norman Hampson

**Historia social de la Revolución  
Francesa**

288 págs., 190 ptas.

111

George Rosen

**Locura y sociedad**

**Sociología histórica de la  
enfermedad mental**

392 págs., 280 ptas.

113

Luis Angel Rojo

**Renta, precios y balanza  
de pagos**

512 págs., 480 ptas.

## Alianza Editorial

(1) Los libros de la Frontera. Barcelona, 1974.